

Gabriel García Márquez.
Yo no vengo a decir un discurso.
Barcelona, Mondadori, 2010; 151 pp.

Yo no vengo a decir un discurso es un volumen que reúne 22 discursos hechos por Gabriel García Márquez a lo largo de su vida. Su contenido puede leerse como un repaso por las grandes pasiones del autor colombiano: el cine, la política, la amistad, la literatura y, claro está, la realidad latinoamericana. El título del volumen toma su nombre a partir del primer discurso que pronunció el futuro novelista en 1944, con apenas 17 años cumplidos, en la despedida a la clase un año superior a la suya en el Liceo Nacional de Varones de Zipaquirá, en las afueras de Bogotá, donde García Márquez hizo estudios de secundaria.

Varios de los discursos aquí incluidos son, sin lugar a dudas, pequeñas joyas de la imaginación del escritor y llevan el sello del estilo inconfundible del Nobel colombiano. Tal es el caso de la conferencia que pronuncia en Caracas, en 1970, titulada "Cómo empecé a escribir". Allí, el escritor recuerda que concibió su primer cuento sólo por llevarle la contraria al periodista Eduardo Zalamea Borda. Este afirmaba por aquel entonces que en Colombia los nuevos narradores carecían de talento y no tenían nada que decir. Poco después, Zalamea Borda cambiaría drásticamente de opinión al publicar el primer relato de García Márquez en las páginas del diario *El Espectador* de Bogotá. Pero nada mejor que rastrear aquellos lejanos comienzos de boca del propio escritor, pues García Márquez aprovecha la ocasión para dejar una prueba fehaciente de lo que mejor sabe hacer en ese texto: contar una historia. A ese texto se suma la breve pieza titulada "Por ustedes", cuando el escritor recibe en Caracas, en 1972, el II Premio

Internacional de Novela Rómulo Gallegos por *Cien años de soledad*. Allí reitera su aversión por los premios y por la obligación de tener que pronunciar discursos. Pero lo cierto es que para ese entonces su palabra sobre temas que tocan de cerca a la realidad latinoamericana empieza a ser más y más requerida en una gran variedad de foros. Así, leemos sus reflexiones sobre el futuro de la región en "Palabras para un nuevo milenio", producto de su intervención en La Habana en 1985 durante el II Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América. En otra ocasión, su preocupación por el medio ambiente queda de manifiesto en el texto "Una alianza ecológica de América Latina", presentado en México en 1991 ante una asociación de artistas, científicos e intelectuales comprometidos con los problemas ambientales.

Gracias a esta recopilación, el lector también tiene la oportunidad de volver al discurso pronunciado por García Márquez en Estocolmo, en 1982, en ocasión del otorgamiento del premio Nobel de literatura. Se trata, sin duda, de uno de los más memorables discursos del escritor. En él, recuerda a su maestro, William Faulkner, y a sus admirados Pablo Neruda y Thomas Mann, todos premiados años antes que él con el mismo galardón. Sin embargo, vale la pena recordar que, en aquella oportunidad, sus palabras fueron tan políticas como literarias: "¿Por qué la originalidad que se nos admite sin reservas en la literatura se nos niega con toda clase de suspicacias en nuestras tentativas tan difíciles de cambio social?", se pregunta en ese entonces al reflexionar sobre lo que llama "La soledad de América Latina".

Una pregunta semejante es la que se hace otra vez en 1995, en Panamá, esta vez ante un grupo de políticos e intelectuales latinoamericanos preocupados por los problemas de la región en “América Latina existe”. Allí García Márquez evoca una frase de Simón Bolívar —“Somos un pequeño género humano”—para referirse al continente latinoamericano, y expresar su preocupación por temas como las viejas estructuras de poder que imperan en el sistema político latinoamericano, los dilemas del narcotráfico y la educación, entre otros asuntos; sin embargo, también aprovecha la ocasión para hacer hincapié en la rica diversidad cultural de la región y la gran creatividad de quienes la habitan. Es a partir de estos ejes, dice finalmente, que los latinoamericanos debemos hacer frente a nuestros problemas, buscando siempre soluciones y respuestas a partir de modelos propios.

Tampoco faltan en este libro los homenajes de García Márquez a amigos como Álvaro Mutis y Julio Cortázar. En ellos el humor y el afecto se hacen presentes una y otra vez. Del poeta colombiano, García Márquez recuerda lo siguiente: “Álvaro Mutis y yo habíamos hecho el pacto de no hablar en público el uno del otro, ni bien ni mal, como una vacuna contra la viruela de los elogios mutuos”. Sin embargo, en 1993, Mutis cumplió 70 años y García Márquez tuvo que romper el viejo pacto. ¿La razón? El poeta lo había roto antes que él. ¿Por qué? “Porque no le gustó el peluquero que le recomendé”. Asimismo, aprovecha la ocasión para comentar con ironía que, a pesar de su enorme cultura, a Mutis lo desacredita un gran defecto: su gran “insensibilidad para el bolero”; eso sí, le agradece al inventor de Maqroll que un día le regalara un ejemplar de *Pedro Páramo*, un libro que, según afirma, le enseñó a escribir de otro modo. En el texto

“El argentino que se hizo querer de todos”, publicado por vez primera en 1984 tras la muerte del autor de *Rayuela*, García Márquez evoca un largo viaje en tren en compañía de Carlos Fuentes y de Cortázar rumbo a la ciudad de Praga en los años 60. De ese periplo, el Nobel colombiano rescata una larga noche de tertulia donde Cortázar conversó con entusiasmo sobre uno de sus temas predilectos, el jazz. Poco después, comenta la fascinante lectura hecha por Cortázar de un cuento en un parque de Managua atiborrado de público y cuyo personaje principal es un boxeador argentino que habla en lunfardo. García Márquez tuvo la suerte de presenciar esa suerte de *happening* en el que Cortázar habló “sin más armas que su voz hermosa” y logró hechizar a su auditorio. Y luego comenta: “En privado, como en el tren de Praga, lograba seducir por su elocuencia... por su humor peligroso, por todo lo que hizo de él un intelectual de los grandes... En público, a pesar de su reticencia a convertirse en un espectáculo, fascinaba al auditorio con una presencia ineludible que tenía algo de sobrenatural, al mismo tiempo tierna y extraña”.

La fascinación de García Márquez por el género periodístico también queda de manifiesto en el texto “Periodismo: el mejor oficio del mundo”, leído en un congreso de la Sociedad Interamericana de Prensa, en Los Ángeles en 1996. Tampoco olvidemos su provocador discurso sobre el futuro de la gramática del castellano, leído en 1997 en el I Congreso Internacional de la Lengua Española celebrado en México. Recordemos que “Botella al mar para el dios de las palabras” despertó una gran polémica en su momento. En esa ocasión, el escritor propuso con gran audacia nuevas reglas para el español como las siguientes: “Jubilemos la ortografía, terror del ser humano desde

la cuna: enterremos las haches rupestres, firmemos un tratado de límites entre la ge y la jota y pongamos más uso de razón en los acentos escritos”. Casi quince años después, sabemos que esta fue una de las grandes tomaduras de pelo del escritor ante un auditorio sin duda repleto de académicos.

El libro se cierra con el discurso titulado “Un alma abierta para ser llenada con mensajes en castellano”, una intervención de García Márquez en Cartagena de Indias en 2007 con motivo del IV Congreso Internacional de la Lengua Española. Allí se le rindió homenaje por sus ochenta años y se lanzó una edición conmemorativa de *Cien años de soledad*. Sus palabras de agradecimiento estuvieron llenas de momentos poéticos, así como de un sutil humor y de una breve lección moral. Y es que tras compartir las peripecias domésticas que vivió al escribir su obra maestra

con el público, el novelista no dudaría en recordarle al auditorio la gran riqueza del mundo hispanohablante, subrayando que los hablantes y lectores del castellano “son una comunidad que, si viviera en un mismo pedazo de tierra, sería uno de los veinte países más poblados del mundo”.

Cristóbal Pera, responsable de esta recopilación, comenta que en *Yo no vengo a decir un discurso* no sólo se encuentran los temas centrales de la ficción de García Márquez, sino también algunos “rastros que ayudan a comprender más profundamente su vida”. Nada mejor que estas palabras para cerrar la lectura de este magnífico libro. Sus páginas son una nueva oportunidad para volver a la mejor imaginación del mundo de García Márquez, y de disfrutar una vez más de la cautivante prosa de este escritor universal (*César Ferreira*).